

EL ESCARAMUJO

Revista Cultural de Jabaloyas - N° 8 - Año 2023





El Escaramujo.

Revista Cultural de Jabaloyas.

Nº 8- Julio 2023

Edita:

Asociación Cultural San Cristóbal
JABALOYAS (Teruel)

Redacción:

Raquel Cadierno Domingo

Depósito Legal:

TE- 138/2011



Queridos amigos de Jabaloyas:

Después de unos años de pausa, vuelve El Escaramujo. ¡Qué gran alegría! Os presentamos el octavo número de nuestra revista cultural. Aquí, encontraréis recogidos recuerdos de conversaciones con queridos vecinos, una entrevista con un personaje ilustre, un cuento brujeil, algo de narrativa libre y la divertida viñeta de ¡Ay, Maño!

Nuestro agradecimiento a Raquel Cadierno, quien una vez más, de una forma totalmente voluntaria, ha invertido tantísimas horas en su creación. Y también a todas las demás personas cuyos artículos, entrevistas y evocaciones han hecho posible que esta revista vuelva a publicarse. Sin vosotros, no sería posible. ¡Gracias!

No os contamos más, os dejamos que el resto lo descubráis vosotros. Esperamos que paséis buenos momentos leyendo El Escaramujo, comentando su contenido con vuestras familias y amigos y recordando buenos momentos y anécdotas de nuestro pueblo.

Sin más, os deseamos que disfrutéis de este número. ¡Ojalá os guste!

Un saludo,

La Junta.

ÍNDICE

Mujeres de rosa y de mar	03
<i>Vicky Laguía León.</i>	
El reino de Baten	08
<i>Narrativa libre por Víctor Martín Cadierno</i>	
La Casa del Fósil de Jabaloyas	09
<i>Alicia Murciano, Alba Méndez y Paula Granero.</i>	
Miguel Rodríguez Barrera	11
<i>Miguel "El Romo"</i>	
Entrevista a Javier Sierra	16
<i>Raquel Cadierno</i>	
La bruja Botija se pone firme	18
<i>Un cuento brujeil por Raquel Cadierno</i>	
¡Ay, maño!	19

Mujeres de rosa y de mar

Armonía, Regina, Teresa y Victoria



¿Por qué la Tierra es mi casa? ¿Por qué la noche es oscura?
 ¿Por qué La Luna es blancura que engorda como adalgaza?
 ¿Por qué una estrella se enlaza con otra, como un dibujo?
 ¿Y por qué el escaramujo es de la rosa y del mar?
 Yo vivo de preguntar, saber no puede ser lujo.
 Yo vivo de preguntar, saber no puede ser lujo.
 El agua hirviendo en puchero suelta un ánima que sube
 a disolverse en la nube que luego será aguacero
 (...)
 Si saber no es un derecho, seguro será un izquierdo.
 Yo vine para preguntar, flor y reflujo.
 Soy de la rosa y de la mar, como el escaramujo.

Fragmento de la canción El Escaramujo de Silvio Rodríguez.

Como dice Silvio Rodríguez en su canción *El Escaramujo*: “saber no puede ser lujo”, “Si saber no es un derecho, seguro será un izquierdo”. Porque saber es ahondar en la memoria y en las memorias, es compartir, es aprendizaje. Saber también es justicia, saber es pasado y son pistas para este presente incierto. Preguntar y escuchar, dos verbos que se entrelazan y que para ponerlos en acción se requiere delicadeza, tiempo y curiosidad a partes iguales.

Hace años que me rondaban preguntas en la cabeza: ¿Cómo nacían las personas en el pueblo? ¿Quiénes eran las comadronas en Jabaloyas? ¿Dónde han quedado esos saberes de mujeres tan necesarios hoy en día? ¿Cómo se sentían las niñas y los niños en la escuela? ¿Cómo se pudo gestionar el dolor de la Guerra? ¿Qué no sabemos? Y... ¿quién podría responder tantas preguntas?

Año tras año he ido haciéndome más preguntas, pero desde que murió mi abuela María no había encontrado el momento y/o las personas a quién preguntar y escuchar para poder luego compartir con otras personas, como ahora estoy haciendo.

Intuyo que haber parido a mi hijo hace unos meses y reconectar con el poder de las mujeres, me ha llevado a dar el paso definitivo de preguntar y abrir la conversación. Me encantará de aquí a unos años explicarle a él y al resto de niñas y niños del pueblo las historias de las bisabuelas, abuelas y todas aquellas personas que construyeron y cuidaron Jabaloyas. Como dicen: cada gota suma y cada recuerdo suma a la memoria histórica, memorias colectivas y populares.

Espero poder transmitir el privilegio que supuso charlar durante horas con Victoria y Teresa en su comedor de casa, donde tuve la oportunidad incluso de poder tocar algunos de los utensilios que usaban cuando eran jóvenes para hacer el pan. También os quiero transmitir la emocionante conversación de Regina y Armonía en la puerta de su casa, refugiadas del calor del pasado Julio. Para mí fue un regalo, porque, sin que fuera mi intención y sin saber previamente el vínculo, las hermanas relataron muchas anécdotas de mi abuelo cuando era niño.

Como ellas y como el escaramujo, son de rosa y de mar. Ellas, cuatro mujeres nacidas y criadas en Jabaloyas entre rosas de escaramujo, luego migradas cerca del mar Mediterráneo donde allí siguieron construyendo sus vidas. Las cuatro han compartido conmigo- y ahora contigo, que lees este texto - sus recuerdos, los más dulces y los más agrios. Gracias



4 • El Escaramujo

mujeres por vuestra generosidad, complicidad y tiempo. No querría cerrar sin subrayar el profundo agradecimiento que ha sido para mí escucharlas y a su vez conocer un poco más de la historia de mi familia.

Regina, esta canción y este texto son especialmente para ti.

Vicky Laguía León



Empecemos por el principio.

Las formas en que llegamos a este mundo muchas veces son olvidadas o tapadas. Tal y como opera este sistema patriarcal que únicamente reconoce el sistema productivo e invisibiliza los cuidados, la gestación, los partos, los cuidados de las personas enfermas, la crianza de hijos e hijas, estos no son temas para transmitir a las nuevas generaciones. Con el objetivo de recuperar el valor de estos hechos y honrar a sus madres y a las mujeres de Jabaloyas- las que ya no están y las que seguimos aquí- les he querido preguntar si saben cómo nacieron, quién acompañó a sus madres en el parto, etc.

¿Cómo se nacía en Jabaloyas? ¿Cómo vivísteis la infancia?

Armonía nació en 1932, Regina en el 1929, Victoria en el 1931, Teresa en el 1941.

"A: Aquí no había comadronas. Había tres que atendían a las mujeres, pero no eran comadronas y se paría en casa." A pesar que no existía la figura de comadrona como tal, sí que hablan de la madre de Dionisia, la tía Blasa, era la mujer que atendía los partos de las mujeres en el pueblo. Regina y Armonía mencionan a unas cuantas mujeres que también estaban atentas cuando acontecía un nacimiento en el pueblo.

"T: Yo nací en el pueblo, sé que nací aquí, pero no sé nada más. A los catorce años mi madre murió: era una niña que salía de la escuela e iba a dar de comer a los animales. Mi madre no estaba enferma, pero se le hinchaban muchas las piernas. Tuvo que ir a Valdecuenca en macho y luego hasta Teruel, se la quedaron en el hospital!"

"A: Nuestra madre murió poco después de dar a luz, cuando nació el niño. Pero él nació muerto. Nuestra madre cogió una pulmonía, era la posguerra, no había médicos, no había medicinas, había que ir con una caballería a EL Cuervo a por un médico. Cuando llegó ya había muerto. De una pulmonía se fue... Teníamos siete, cinco y tres años. Éramos bien pequeños."

La guerra fue horrible, dicen. Imaginar nacimientos en ese contexto me revuelve el estómago.

"V: Mi madre era de Valdecuenca, mi padre era herrero y éramos muchos hermanos. Cuando yo tenía 20 años mis padres tuvieron a los gemelos. Vivíamos cerca de la casa de Visita, vivíamos con mi abuela y con mi tía. Y luego, pues ya, como de críos, a jugar al campo."

Después de recordar sus nacimientos, dieron un salto a relatar parte de sus vivencias durante la Guerra. Sus infancias atravesadas por la Guerra Civil Española (1936-1939) nos conectan de lleno con el resto de infancias y guerras del mundo. Me cuentan que mucha gente del pueblo se refugió en las Cuevas.

"A: Cuando bombardearon el pueblo, nosotras nos poníamos unos palillos en la boca para no rompernos los dientes cuando la explosión. Íbamos a por cardos, a los gorrinos, llevar los corderos al trigo, sí, a trabajar. A pesar de la guerra seguíamos haciendo las cosas de la casa y cuidar a los animales."

"V: Me recuerdo perfectamente como si fuera ahora que venían los aviones y tiraban bombas. Estábamos por debajo del cerro Tormón, todos llorábamos. Mi madre llevó a mi hermana como ahora tú llevas al niño en mochila, pues con una tela y mi tía llevaba un cántaro para llevarnos agua por allí. Y mi abuela llevaba un saco de

pan. En ese corral estuvimos un tiempo, luego a El Cuervo y luego a Alobras. Cuando acabó la guerra volvimos a Jabaloyas y todo estaba destruido. Lo pasamos mal.”

“A: En Alobras fuimos algunos días a escuela, me acuerdo del catón. Como un librito con una cosa redonda de colores y aquello se me quedó allí. Los libros me gustaban. Hacíamos catecismo muy a menudo. Yo aprendí a escribir sola a mi manera, escribía las cartas a mis hermanos y a mi padre, con faltas, pero me entendían.”

“R: Estuvimos tres años en unas cuevas cuando la guerra. Nuestro hermano era recién nacido cuando fuimos a las cuevas y estuvimos viviendo allí. Él tenía tres años cuando murió la madre y volvimos a casa. Nuestro padre se juntó con la abuela Mariana, que era la abuela de tu padre. Tu bisabuela.”

“A: De hecho Violeta nació en las cuevas. En aquellas cuevas los que sufrieron fueron nuestros padres. ¡Nosotros lo pasamos bien! Incluso teníamos gallinas allí dentro. Había muchas niñas y niños. Mi madre lavaba la ropa de los soldados y teníamos sacos de trigo, azúcar, etc. Mientras la guerra no pasamos hambre. Pasamos hambre después de la guerra.”

Cuando salísteis de las cuevas ¿qué hicisteis? ¿Qué os acordáis de la posguerra?

Cuando salieron de las cuevas no había luz, ni agua corriente, las casas estaban sin puertas ni ventanas. Estaba todo por construir. Regina me cuenta que sí había una fuente. “No quedaba nada de madera, ya que los soldados lo habían quemado todo para calentarse”. Todas recuerdan que en tiempos de posguerra no había médicos en el pueblo y tenían que ir con caballo a El Cuervo tanto para visitarse o recoger al médico y comprar medicamentos. La distancia entre pueblos no facilitaba que las personas enfermas de Jabaloyas tuvieran una cura rápida. Y tristemente, fueron unas cuantas las niñas que perdieron a sus madres por las condiciones sanitarias que había por entonces. Fue el caso de Teresa, de Regina y de Armonía. De nuevo la vida y la muerte se conectan. Victoria recuerda con mucha lucidez aquel bautizo colectivo en plena posguerra: “Nos bautizaron a todos el mismo día, tiempo después que acabara la Guerra. Ya que muchos que nacimos en la Guerra no estábamos bautizados.” También recuerdan la jornada religiosa y festiva de la confirmación en la que asistió el obispo por primera vez y las confirmaron a todas: “Había mulas también y la tía de Victoria ayudó a preparar la comida para las asistentes.”

Las adolescencias: muchas tardes entre la escuela y el trabajo.

Teresa entre sonrisas aún recuerda aquella etapa en la que sintió cómo dejaba de ser niña para ser una joven del pueblo que exploraba qué era ir al baile. Ella fue a la escuela de los seis a los catorce. Victoria nos recuerda el nombre de la profesora, Mercedes la maestra. Los chicos y las chicas iban por separado a la escuela. ¡La maestra de Teresa era tía Petra, que según ella tenía una letra preciosa! ¡Y cómo bordaba! Los chicos iban con el señor cura, Don Alejandro.

“T: Cuando iba al baile me daba vergüenza, ya que yo no había tenido relaciones con ningún chico, no tenía trato con ellos, yo sólo estaba en casa y a la marcha. Tenía diecisiete años.”

Armonía nos explica cómo se dedicó a cuidar durante un año a un niño sin cobrar, ya que cuidaba a cambio de comida. La madre de este niño estaba enferma. Y un año más tarde, cuando cumplió los quince, se fue a Barcelona a servir a casa de una familia. Resulta que las tías de mi abuela le facilitó poder trabajar en la ciudad, la tía Chana, la tía Pascuala y la tía Manuela.

“A: Estuve un año trabajando en esa casa durante el día e iba a dormir a casa de la tía Pascuala. Y volvía a Jabaloyas para San Cristóbal, una vez al año. Yo me acordaba de la familia y de las tradiciones de aquí. Después estuve más años en la casa del sacristán de la Catedral de Barcelona.”

Regina con dieciocho años mientras su hermana estaba en Barcelona ella llevaba la casa del pueblo, trabajaba cada día en las tareas domésticas y también salía con las amigas. Armonía dice que su hermana era la buena en casa y ella era la mala, dice que cogió mala fama en el pueblo, pero nadie se daba cuenta del hambre que pasaba. Entre risas recuerdan que Regina como buena de la casa, se dedicó a ir a pastora y a amasar el pan cada semana. Victoria desde los doce años hasta los veinte estuvo dándole al martillo en la fragua ayudando a su padre. Les pregunto si sentían discriminación en algunos oficios por el hecho de ser mujeres. Ella, a pesar de admitir que por aquel entonces todos y muchas eran machistas, dijo que ella no lo sintió con su familia. Fue ella la que ayudó al padre en la fragua a pesar de tener hermanos hombres. Cuando su hermano tuvo la edad, sí que se puso él a trabajar: “Recuerdo que cuando éramos pequeñas no se podía trabajar los domingos. Si nos pillaban trabajando hasta nos podían llevar al cuartel de la Guardia Civil.” Teresa le explica a Victoria que recuerda cómo veía a su madre con las mulas vendiendo romanas por el pueblo y todo tipo de artilugios de la fragua. Me cuentan que



6 • El Escaramujo

por esa época - los años cuarenta- había una campana pequeña y cuando el padre de Teresa fue alcalde (Antonio Jarque Domingo) sobre el año 1975, repararon la campana y pusieron alguna más grande. Hasta tenemos presente a la que le daba vueltas a las campanas: "V: Mi padre también me enseñó a tocar la campana de la Iglesia, le dábamos vuelta a la campana cuando se moría alguien."

Las parejas: mozos, mozas y otros amores.

Regina y Armonía entre los sonidos de las campanas de la iglesia empezamos a hablar de los noviazgos. Les comento que yo me he sentido libre de escoger con qué parejas estar a lo largo de mis treinta años y les pregunto cómo lo vivían ellas.

"R: Algunos matrimonios eran un poco más por interés, por ejemplo, nuestro padre tenía que ir a labrar y tenía tres niños pequeños. Y la tía Mariana, la que fue nuestra madrastra, ya tenía tres niños pequeños también, así que ..."

"A: Se juntaron ya que mi padre necesitaba alguien que nos cuidara y ella necesitaba que alguien le labrara los campos. A ella no la querían mucho, no la conocíamos mucho, era mucho de misa, no hacía mal a nadie, pero no sabía llevar las cosas de la casa."

Me explican que como no había mucha distracción, los chicos iban por las casas a buscar a las chicas y a husmear por las ventanas. También reconocen que se le daba mucho valor a quien tenía tierras y ganado. Tengo la suerte que me explican cómo su hermanastro - mi abuelo-, Andrés Laguía Ramírez, y mi abuela María Brinquis Jarque fueron pareja. Andrés la buscaba y a pesar de ser primos segundos se casaron. Ella embarazada migró a Granollers (Cataluña) y parió a mi padre en el hospital de la ciudad vallesana el año 1953.

"A: Yo los quería mucho a los dos, yo quería mucho a María, era muy buena persona. Te lo digo, no porque estés grabando - nos reímos-. Y la tía Manuela, nos apreciaba mucho." Entre risas también me explican algunos de los juegos que seguían las cuadrillas de chicos y de chicas.

En la fiesta de los Mayos era una gran ocasión para poder conocerse, flirtear y hacer algún que otro baile. Las dos hermanas se emparejaron con dos hombres del pueblo. Ambas me explican que ellas de alguna manera u otra rompieron la norma. Armonía se casó con Manuel alrededor de los treinta años. Regina dice que estuvo muchos años de novia de Aureliano con el que se casó en la iglesia de Jabaloyas con un traje chaqueta, con mantilla y sin ramo. Comparte que después de diez años de casados se quedó embarazada por primera vez. Tere-

sa y Victoria también me hablan del baile en el pueblo y les pregunto qué se hacía en él y cómo era. "Cada semana había baile, si estaban en el campo en verano y llovía, dejaban de segar y ¡al baile!"

"Al baile se iba elegante, pero algunas muchachas también iban, ¡iban de punta en blanco a la fuente! Se lavaban las zapatillas y el delantal con Blanco España, ¡iban de punta en blanco!"

Victoria nos emociona con su relato reconociendo el amor que sintió por su marido y el proyecto de vida que construyeron en Barcelona. Y Teresa recuerda todo lo que trabajaron las mujeres una vez casadas: recoger patatas, segar, labrar, alimentar a los animales, criar, etc. Al hablar de noviazgos y amores volvemos a conectar con los nacimientos de sus hijos e hijas, nietos y nietas y hasta bisnietas y bisnietos. Es precioso escucharlas y ver cómo conectan con todos sus lazos afectivos y vínculos familiares...

El pan y otras recetas.

El pan fue un gran protagonista durante años. En plena guerra y posguerra todas recuerdan el principal alimento. El horno era el gran lugar de encuentro de vecinas que iban a amasar.

Es un lujo conversar en casa de Teresa donde nos enseña la mesa de su comedor, donde amasaban pan hace años.

"T: Todo el mundo tenía las herramientas para hacer el pan. El rayo, la estrella, la escoba y todo eso aún lo conservo. La masa que se quedaba enganchada en la mesa se rascaba y se recuperaba."

"V: Nos daban una cartilla para racionar la comida, un cuarto de azúcar y de aceite cuando lo daban. Por lo menos comíamos pan."

Tocando los artilugios para amasar y dar forma a los panes, Victoria reconoce que su abuelo había hecho ese rayo.

"A: El día que amasábamos, el día del horno lo metía debajo la cama. El colchón era de lana, como de paja. Y a la noche cuando nos íbamos a dormir las dos, comíamos el pan. ¡Ayyyyy...!"

"R: La tía Mariana nos enseñó a amasar, y eso hacía todo el día."

Les pregunto sobre una canción que me cantaba mi abuela y que vagamente recuerdo todas las estrofas. Regina hace memoria y rápidamente repite algunas estrofas, la completa y me dice que esta canción era la que se les cantaba a los bebés cuando se les daba de comer.

"Qué has comido
mi chiquito

sopicas de leche
en un perolico,
misino misino"

Teresa se anima a cantarla cuando les pregunto si saben las estrofas:

" Mi chiquico
qué has comidico
sopicas de leche
en un perolico,
¡tunico tunico, tunico!"

Les pregunto por canciones de infancia, pero no recuerdan muchas, pero eso sí, me dicen que de refranes hay muchos, y que necesitaríamos un día entero más para hablar de esto.

Les pregunto sobre el uso de plantas o hierbas de la zona. Teresa y Victoria me explican que cuando estaban enfermas les daban malva y saúco, cogían la flor y la guardaban y en invierno cuando constipaban se lo daban para la tos. No tenían nada más, dicen.

"T: El escaramujo también se usaba, pero si comes muchos frutos vas al lavabo directamente. Así que ten cuidado" - nos reímos-

"V: Las endrinas las poníamos con ajedrea y sal y parecen olivas. Hay que cogerlas cuando están negras antes que maduren mucho. Eran las olivas de la época. Ahora quedan pocas.... Había una tienda y un bar. Y sobre todo las mulas, eran tiendan móviles. Muchos años después



de la guerra podíamos llegar a criar dos cerdos al año; criarlo y luego matarlo. Para hacer la conserva después del mata cerdo tenían que ir lejos a comprar aceite, la sal y todo lo necesario para hacerlo. Recuerdan que lo que más le gustaba comer era el pan. También recuerdan a los campilleros, personas que llegaban con los mulos y se intercambiaba o compraban productos."

Teresa y Victoria se emocionan al recordar las olivas negras que traían aquellos campilleros.

"Las collejas se han perdido desde que los tractores han labrado porque han roto las raíces. Antes había unas preciosas. Recogíamos y las cocinábamos. ¡Eran buenísimas!" me dicen.

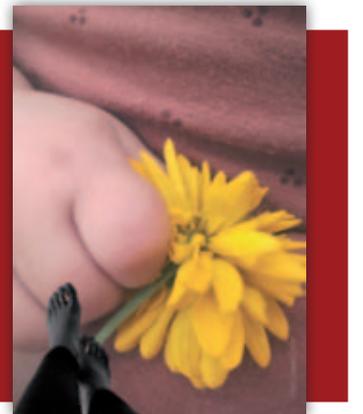
Hasta aquí.

Hasta aquí un breve relato de las conversaciones con cuatro mujeres, nacidas en Jabaloyas, que han sostenido, creado y criado a pesar de las adversidades y que con mucha fortaleza han compartido logros y alegrías.

Gracias mujeres de rosa y de mar por vuestras palabras.

Gracias a las que habéis leído hasta aquí.

¡Sigamos recopilando memorias!



Muchas gracias a todas las personas que impulsáis la Revista de El Escaramujo y los distintos proyectos culturales, así como a aquellas que los apoyan con tiempo, manos o dinero. La cultura es poder, es transformación y es memoria. La cultura en pueblos como el nuestro aún tiene más sentido.

Como nos dice la canción, recordemos siempre que nosotros venimos para preguntar, flor y reflujo. Soy de la rosa y de la mar, como el escaramujo.

Vicky Laguía León



Narrativa libre

El Reino de Baten

La ciudad está apagada. Es de noche en ella. Todo está muerto bajo el cielo sucio y negro de la urbe que ha matado sus estrellas. El único cielo estrellado es el que se ve desde la ventana de la habitación de Baten. Es un cielo estrellado irrealmente. Lleno de recuerdos y amor. Un cielo irreal que vela el sueño de la protagonista. Ella duerme en una casa vacía. El tiempo pasa y las estrellas juegan. Estrellas que son el sueño de Baten. El tiempo pasa y pasa y ella sueña y sueña. Es hora de levantarse. Ha sonado el despertador y hay que prepararse para el futuro. Se revuelve y aún en su sueño se mueve por la casa vacía. Cruza los pasillos sin encender las luces, no queriendo que la luz le arrebate su sueño. Desayuna sobre una mesa en el comedor. En el servicio se peina. Se mira al espejo y mira sus ilusiones, su sueño que se apaga. Pero fuera, todavía la Luna sonrío y ella la mira con cara de niña. Pero es hora de irse. Hay que luchar y mejor hacerlo de manera decidida.

La calle está vacía. El cielo sigue limpio sobre ella, pero el amanecer se aproxima, y el sol apagará sus estrellas. Ya no se puede lamentar. Hay gente. Parecidos que no lo son y que luchan como autómatas.

El mundo universitario es la arena de la vida, es lo único que por ahora se deja seguir. Pero ya no. Desde hace tiempo sus promesas son mentira y aunque Baten baje y hable con aquellos que lo integran todo seguirá igual. Ella no encaja. Así no es feliz y nada funciona por ese camino.

El médico dirá que los resultados son obvios y que no hay que darle vueltas. Que la raíz de todo es la que ella sabe, y que el dolor no se cura con medicinas. De vuelta a casa todo será igual.

En un hogar que no es hogar que es una casa vacía, Baten se ducha. Piensa. Hay que salir de ahí. El camino

está bloqueado y hay que salir. En la habitación ya se va haciendo de noche. El tiempo vuelve a pasar y aunque el tiempo pasa las ideas no y el tiempo sigue bloqueado. Es mejor dormir, romper con el presente y cambiar las metas. Ser feliz.

Está soñando. Va de viaje en un vagón sin máquina. Las vías son un mar y está sola en el vagón. El vagón tropieza y tropieza. No encuentra su camino.

Una época ha acabado. De vuelta a casa en un coche nuevo. La casa lejos de la ciudad, en un paraíso aislado y ajeno a todo. Vacío.

Las amigas llaman a casa. Sale y mira. Oye voces, pero está aislada. No encaja, está sola. Y si te vendes estarás vacía Baten. Aunque tú te vendes, y pierdes.

En el solitario, pero lleno de estrellas "hogar" de ella. Volvemos allí. Y ella observa el mundo desde una ventana que no estaba. Un mundo con asfalto, con ruido, pero sin coches ni carreteras. A dónde ir.

Volvemos al sueño. Al sueño lejos de las estrellas y cerca del suelo. Ahora sueñas y vives el éxito. Te dan un premio, te alaban, pero no te conocen. De vuelta a tu casa vacía de estrella te buscas en un mundo que no sabe quién eres. Tus recuerdos están solos.

Ya es de día y volvemos al principio. Ha vuelto a amanecer, y las estrellas de tu ventana ya no estaban. Hay que soñar el futuro, si quieres soportar el presente. Ha amanecido en primavera. Hay luz y caminas por una carretera vacía y paralela a la ciudad. Subes hasta el amanecer vestida de princesa, con tu maleta, y tu sonrisa.



La Casa del Fósil de Jabaloyas

El municipio de Jabaloyas se sitúa en un entorno geológico dominado por la abundancia y calidad de afloramientos fosilíferos Mesozoicos (hace más de 66 millones de años). El registro fósil en esta zona está constituido mayoritariamente por invertebrados marinos (cefalópodos, gasterópodos, bivalvos, braquiópodos, equinoideos, cnidarios y poríferos, entre otros), destacando en términos tanto de abundancia de especímenes, diversidad y excepcional estado de conservación. Por todo ello, han suscitado el interés de varios especialistas desde el punto de vista paleontológico y patrimonial, sin embargo, no mucha gente es consciente de este paraíso que alberga Jabaloyas y sus alrededores.

La Casa del Fósil es un proyecto que nació de la motivación de dos estudiantes de Geología de la Universidad de Barcelona, cuando Alicia Murciano Zurita, vecina de Jabaloyas, invitó a su compañera de grado, Paula Granero Ordóñez, a visitar su pueblo durante el verano de 2018. Desde aquel momento, Paula se quedó fascinada por la geología y la paleontología de Jabaloyas, y decidió que a partir de ese momento su destino para las siguientes vacaciones de verano iba a ser Jabaloyas. Un año después de su primera visita al pueblo, Paula realizó las prácticas profesionales del Máster de Paleontología Avanzada en la Universidad Complutense de Madrid, trabajando en el Museo Paleontológico y Arqueológico Ildelfonso Recio Valverde de Totanés (Toledo). Gracias a esta experiencia, Alicia y Paula pensaron que sería una buena idea realizar algo similar en Jabaloyas, para que todos, incluso aquellos que no son especialistas, pudieran contemplar y valorar el enorme patrimonio geológico y paleontológico del municipio. Después de varias reuniones llenas de ideas, las dos estudiantes decidieron explicar la iniciativa a diferentes personas que serán clave para el desarrollo y la puesta en marcha del proyecto; Ángel Baltasar Murciano, Alba Méndez Almazán, Óscar Castillo Murciano, María Luisa Canales Fernández y Juan Carlos García Pimienta.

Es complicado hablar de estas personas y explicar cuál fue su papel en el inicio del proyecto en tan pocas palabras, pero allá vamos. Ángel es un residente de Jabaloyas apasionado por los fósiles y con un gran conocimiento de cada rincón interesante en cuanto a la paleontología de Jabaloyas. Gracias a él, se pudo empezar a trabajar con el material que donó a este proyecto y todo pudo empezar a coger forma. Por otro lado, Alba es vecina del pueblo y como periodista, su interés en el proyecto surgió nada más enterarse de lo que Alicia y Paula tenían en mente, así que se puso manos a la obra y empezó a formar parte de esta iniciativa. Otro papel importante en esta historia es Óscar, el actual alcalde de Jabaloyas, ya que, desde el primer momento, decidió apostar por esta idea y motivó a las tres integrantes del proyecto a seguir adelante. María Luisa, profesora de la Universidad



Complutense de Madrid, fue otra impulsora del proyecto y responsable de la iniciación del convenio de prácticas con la Universidad Complutense de Madrid. Su apoyo e ilusión motivó a las estudiantes a seguir trabajando en el proyecto. Por último y no menos especial, Juan Carlos, Paleontólogo del Departamento de Educación, Cultura y Deporte del Gobierno de Aragón, aportó una visión administrativa y legal a proyecto.

Gracias a todas estas personas y a los vecinos del pueblo, nació La Casa del Fósil de Jabaloyas. Este proyecto pretende dar a conocer el rico patrimonio geológico y paleontológico de la zona mediante la creación de un espacio polivalente a modo de exposición paleontológica. Además, tiene como objetivo la creación de actividades divulgativas enfocadas a todo tipo de público, así como rutas geológicas, talleres familiares y charlas paleontológicas entre otras.

En julio de 2021 se realizaron las primeras prácticas del convenio firmado con la Universidad Complutense de Madrid, donde tres estudiantes del Máster de Paleontología Avanzada (Anabel Oliva Martín, Nerea Ruiz Jiménez y Santiago Guillamón Dávila) con la finalidad de empezar



la catalogación de ejemplares y realizar actividades científicas y divulgativas, convivieron 10 días en el pueblo, se hospedaron en un apartamento cedido por el ayuntamiento y muchos vecinos los acogieron en sus casas a la hora de comer como agradecimiento por la labor desempeñada por el pueblo. Gracias al gran resultado de estas prácticas, Leyre Martínez Álvarez y Sara Sánchez Moreno, pudieron repetir la experiencia al año siguiente llegando a catalogar más de 300 ejemplares y realizando charlas didácticas para todos los vecinos. Se esperan más colaboraciones como estas en un futuro, donde estudiantes y vecinos del pueblo puedan seguir trabajando para ayudar a difundir el patrimonio de Jabaloyas.

Por último, nos gustaría agradecer la colaboración de Anna Omedes (antigua directora del Museo de Ciencias Naturales de Barcelona) y del personal, por darnos la oportunidad de seguir dando vida a unas vitrinas muy especiales y con mucha historia. Gracias también a todos los vecinos, sin vosotros esto no sería posible.

Seguiremos dando valor a nuestro patrimonio para que la gente pueda disfrutarlo y protegerlo al mismo tiempo.



Alicia Murciano, Alba Méndez y Paula Granero

La Casa del Fósil en medios de comunicación:



Heraldo de Aragón



ECO de Teruel



Diario de Teruel



Aragón Radio
Detrás de la noticia
Paula Granero Ordóñez



Onda Cero Teruel
Más de uno
Alicia Murciano Zurita



XXIV Bienal de la Real Sociedad Española de Historia Natural

Miguel Rodríguez Barrera (El Romo)

Miguel Rodríguez Barrera, más conocido como Miguel el Romo, compartió su historia en una Magradable charla con su hijo Miguel, Martín Domingo y Raquel Cadierno, la que aquí os escribe. Un camino de lucha que compartimos con vosotros hoy, y que sin duda os emocionará, como lo hizo con nosotros aquella tarde.

Yo nací el día 2 de Abril del 33 en Jabaloyas. Miguel Rodríguez Barrera. Me acuerdo de tres añicos, estábamos aquí jugando como niños la Magdalena, la Zorra, que la cochera tuya (de Martín), era del tío Zorro, Isidoro, y cayó una bomba aquí enfrente, donde tiene la leñera Perolo, que eso era de Dionisia. Y cayó la bomba y claro, pues por aquí las gallinas, una polvareda, un cacareo y todo, un jaleo... y mi madre, Teresa Barrera Gil, nos metió en la bodega. Porque entonces no teníamos las puertas que tenemos hoy. Teníamos una portalada grande, y la teníamos agujarada para los gatos. Por ahí salía una polvareda y un jaleo, que pa qué. La salida cuando la guerra, en el 37, cuando nos tuvimos que ir (pues aún aguantamos un año, pero luego se metieron las fueras, y nos tuvimos que ir). La primera salida, a parar a Tormón, porque teníamos allí familia: la madre de mi abuelo, Francisco (la abuela se llamaba María), y era hermana de uno que llamaban Tonino el molinero. El molino estaba donde el puente que cruzas al entrar a Tormón. Y la mujer era hermana de la abuela María. Mi padre se llamaba Eduardo Rodríguez Jarque. No sé entonces qué pasó, que nos quedamos mi madre y yo solos. Mi padre no sé si lo llevaron a las milicias o se lo llevaron obligado, detenido. Yo me acuerdo que me decía mi madre que fue alguna cosa que el alcalde les inculcó, la culpa de irse mi padre.

Antes de ir a Tormón, aquí en la casa teníamos nuestras orcicas de comida, nuestras pataticas, todo. Teníamos dos caballerías -eso me acuerdo como si fuera hoy mismo-. Uno era muy jovencico, un muleto joven. Mi madre echa las alforjas, echa los aparejos y cargamos todo lo que se pudo. Entonces el camino era por aquí a La Fuentecilla, al collao de La Silla. Y por allí, por el alto Villaroya, había un camino muchísimo bueno, de lo que se transitaba, porque como íbamos a moler a Tormón... Pues por allí nos metíamos a Las Pisadas, y de allí, a Tormón. Pero cuando llegamos por ahí por la Virgen, entonces las conservas eran latas de hojalata, se meneaba mucho, y el machico joven, al sentir el ruido, al suelo todo. Y me acuerdo mi madre que dijo "ya hemos perdido la poca comida que teníamos". Lo replegó mi madre, volvimos a cargar, y ya no le echaron las latas aquellas y cambió de carga de un macho a otro, al muleto. Y por allí a parar a Tormón. Allí nos metimos en una casica bastante feota, de aquel que le decían Miguel Joto, que era Leopoldo que venía a to-



car el violín. Entonces estaban los pueblos llenos de gente. Recuerdo que también estaba en la plaza la madre de Joaquín Montero, que se llamaba Tomasa. Teníamos una amistad muy grande. Su casa y la nuestra, el tabique confrontaba. Quitamos un ladrillo (eso lo hicieron mi padre y la madre de Joaquín) y nos comunicábamos por allí, cuando nos íbamos a la cama y cuando eso: "Teresa, ¿cómo vais ahí? ¿Ya sus queréis acostar? Bueno...". De eso me acuerdo como si fuera hoy. Me acuerdo que teníamos unos morillos ahí (que son los que tenemos ahora), que mi madre los tenía en estima. Entonces las cocinas eran de tierra. Yo tendría cuatro o cinco añicos. Dice "nos vamos a ir a los morillos". Y yo "pero madre, si es que está en guerra todo". Dice ella "nosotros vamos a probar". Entonces mi padre no estaba. Estaba en la guerra. La cosa es que ella, con ánimo, se sube por el caminico de siempre, y llegamos a la portera La Virgen, y había un centinela allí, y dice pero ¿dónde van ustedes, que estamos en guerra? Si es que no se puede..." dice "pues pase, pero al entrar ahí a su casa, no sé si podrá entrar". Llegamos, y no nos pusieron traba ninguna. Llegamos con el macho, un pico en un serón. Llega mi madre a la puerta, y con el pico, sacó los morillos y a parar al alto de la caballería. Antes de irnos, miramos en la casa: en cada habitación había una lumbre en unos platos que había de aluminio, y un personaje (un guardia o lo que fuera). Esto era en invierno. Llego allá y un soldadico pegándole fuego al portal. Me quejé y dijo "lo que es menester que no le quemem la casa". Mi madre cargó los morillos, y para Tormón, como



12 • El Escaramujo



una bala, y mirando para atrás. Me acuerdo que en frente de donde vivíamos, en Tormón, había una fragua, y yo iba todas las mañanas allí. Nos dieron un huerto muy majo para que lo trabajáramos, que le decían "El Cañadillo"; mi madre se dejaba allí las uñas, para coger de todo. Me acuerdo que subían unos cazas negros, que parece que te los veo, de la parte de arriba de El Cuervo, y en seguida nos teníamos que ir a los refugios, que había en Tormón unos refugios muy buenos. Cuando se acabó la guerra, ya vinimos aquí, con los machos con los que nos habíamos ido, y las casas estas estaban totalmente estropeadas. Entonces, me acuerdo que vino mi padre y había una de bombas por toda la casa... de esas de piña, granadas. Me acuerdo mi padre no sé las bombas que tiraría, desde las ventanas abajo a un chopo que había ahí, y a la izquierda había otro, contra la fachada de la tía Matilde y el tío Dionisio. Había tres acacias. Aquí en el pueblo quedó mucha munición, chatarras, pa qué. En mi infancia yo, para ir al colegio, nos daba clase una de Alobras, la madre de la tía Ángeles, Mercedes. Nos dio la clase de la infancia ella. Entonces las chicas iban a un lado, y los chicos a otro. Entonces teníamos el colegio donde tenía la casa Javier, y las chicas, donde está el bar. El padre de la tía Mercedes estuvo de alcalde. El juez era el tío Perico la Juana. Luego después se metió la hija. Aún vino después otro maestro que era muy bueno, que iba un poco cojo. Yo ya fui poco con ese hombre, porque ya cuando tuve fuercecicas, a labrar, con las ovejicas, todo esto. Si vamos a hablar de claridad, a mí me criaron mis abuelos: la abuela María y el abuelo Francisco. Había poca gente y mucha faena. Mi madre yo me acuerdo que iba arrastrada siempre. Yo me acuerdo que mi padre era un hombre muy trabajador, y nada más pensaba, salía un jornal, a por él. Él no se perdía un jornalico ni medio. Salía la resina, a la resina. Salía el carbón, al carbón. Salía un jornal de tirar pinos, el

primero a tirar pinos. Era muy fuerte. Tenía un calibre que pa qué. Me acuerdo que le dije una vez "padre, atiende más a la madre, que va muy obligada". Tenía que estar pensando en la labranza, en las ovejas... pero mi padre testarudo, al jornal. Mi madre fue un poquito esclava. Mi madre murió a los 47 años.

La abuela Teresa se casó con uno que era hermano del tío Anastasio, Adolfo, y tuvieron a Antonia. Cuando se fue al servicio, por desgracia, murió. Entonces Antonia se ha criado sin padre. Luego Teresa se casó con el abuelo Vicente, que hizo de padre de Antonia. Yo tenía cuando me casé 24 años, y Antonia Pradas Domingo tenía 20. Nos casó mosén Hilarión en noviembre del 59. Te tuvimos a ti en el 60 (Miguel hijo), Me salió una oportunidad. Hubo unas convocatorias de obras públicas. Me lo dijo uno de Teruel, Valeriano, que conocía yo. Me dijo "si te interesa, ya sabes: estudia" y me dejó unos libricos. Yo me espepitaba cuando iba a pastor, los libricos al morralico. Y todo el día a darle. Llegaba aquí a la noche, y Antonia me rene-gaba. "pero, ¿qué haces ahí?" Y yo pues claro, a pegarle. Ya llega el día de los exámenes. Llegamos a Teruel: había cincuenta opositores, y plazas, 30. Me acuerdo que me echaron un problema, un escrito, y algunos apuntes de lo que tenía que hacer en la carretera. Qué graduación tenía en cada metro el asfalto que se podía echar, y qué clase de material. Entonces estaba de jefe don Eugenio, los Balterra, y dice "ya habéis cumplido con el examen". Yo saqué el número siete. "Ahora tenéis que ir donde yo sus mande". Yo me junté con uno de Corbalán, Esteban. No lo conocía. Le dije "Esteban, no te conozco, pero me has caído un poquito en gracia, muy humilde. Esteban, ¿dónde quieres ir tú?" Y él "yo que me sé". Y yo "¿Qué te parece si nos vamos para allá derecho, al bajo Aragón? A Muniesa". Y nos fuimos allí. Me acuerdo que ingresé en el 67. Miguelico tenía cuando fuimos, siete añicos. Aquí se quedó Antonia con las caballerías. Las ovejas ya las habíamos vendido. Vinieron los Punchas del Campillo, eran tratantes y se les vendieron entre el abuelo Vicente y Antonia. Yo ya me tuve que ir. Ganaba entonces al mes 100 pesetas. Entonces aquellas carreteras estaban de firme ordinario, de tierra. Entonces un capataz que había, que le decían Sixto, que era de Fonfría (la iglesia más maja que he visto en mi vida). Nosotros hemos ido hasta Alcañiz. Cuando nos fuimos allí ya al poco tiempo iba un camioncico para transporte de personal. Con ese camioncico salíamos a las ocho e íbamos a Alcañiz, a Segura de los Baños... Llegamos allí, y a buscar una pensión. Había un matrimonio, y nos cobraba 100 pesetas. Receta con receta. Al mes que estábamos allí, nos viene una dieta de 30 pesetas. Ya ganábamos algo. Allí en Muniesa hay mucha viña, y al que tenía mi casa, Salvador, le ayudaba a vendimiar, y nos dieron amplitud para comer uvas todo lo que quisiéramos. Me acuerdo que ya las aborrecimos. Yo ya me busqué la vivienda: Calle del Sol, no me se ol-

vidará. La casica estaba bastante bien. También teníamos un plus de penosidad, que nos pagaban otras 25 pesetas. Ya nos íbamos remediando. Y así pasamos todo el telar. Allí lo que más tenían era viña y el azafrán. La flor la cogían por la mañana, y luego por las noches horas y horas allí. Luego también había una fábrica de plásticos, de jugueticos. Me acuerdo que el de la fábrica nos daba unos camioncicos y un aparatico que aquello lo llegabas a la luz, unos botoncicos, para soldarlo. Allí ganábamos bastantes perricas. Allí estuvimos dos años y medio, hasta que pedí traslado a Teruel, y me lo concedieron. El amigo se quedó y se casó allí. Yo debo decir que gané el 100% de irme de aquí. En aquella época, en el 67, nos fuimos muchísima gente de mi quinta. Éramos siete u ocho quintos, y nada más quedó Cristóbal Pichón. Nos fuimos todos.

- Del año sesenta al setenta, se fue casi todo el pueblo – dice Martín.

Si hubiera sido por Antonia, no nos habríamos ido. Antonia no quería, de ninguna manera. Ella se había criado también aquí, y le parecía que nos íbamos a un infierno. Porque la casica la teníamos bien montada; como pobres, pero con todo.

- Yo recuerdo aquel viaje, cuando fuimos para allá –dice Miguel hijo-, desde Calamocha, Ponfría.... Que llevaban el motor dentro del autobús, que aquello hacía un ruido... decías “pero si este coche no sube”.

Allí en Muñesa hicimos mucha amistad con el cura, Mosén José. Aún vive. Nos invitaba a su casa, a una charlica allí. Entonces estaban Antonia y Miguel en el pueblo aún. Cuando nos vemos aquí en Teruel, nos saludamos como si hubiéramos sido hermanos. Estaban enviudó, se jubiló y se vino aquí a Teruel. Aquí en Jabaloyas hacíamos una cría de cerdos –el tío Marciano, el tío Salvador-... Cuando ya los cerdicos eran más grandes, los metía en unos banastos de mimbre. Me fui a Tramacastiel. Siempre se encuentran personas buenas; siempre.

- Y más antes –dice Martín-. Ahora no te fíes ni del gato.
- Me sale allí donde paré una joven –prosigue Miguel- y le digo “no le molestaré aquí”. Y dice ella “no, no, de ninguna manera. Pase la caballería si quiere” a una nave que tenía allí en la misma entrada de su casa. Estaba casada y el marido lo tenía en Francia. Me dijo “yo te buscaré para comprar los cerdos”. De seguida vino allí una revolución de mujeres, y vendí los ocho cerdos a cincuenta duros cada uno. Se presenta un señor, se ve que les hizo alguna seña, porque esperaban al tío Fidel, que también se dedicaba a vender. Cómo sería que comienzan a volverse, y me desaparecieron las mujeres, y los gorrinos sin vender. Le dije a aquel hombre: “mire usted, en la vida, vamos lu-

chando todos. Para mí, se ha portado usted como un marrano, porque eso no se hace. Si yo tengo el trato ya hecho con estas mujeres, usted se debe de callar”. Aquella chica lloraba como si hubiera sido mi madre. Desde allí ya me despedí de la muchacha llorando, y me fui a Ligros. Allí me tropiezo a un hombre, y me dice “no siga la carretera. Coja este caminico, que va directamente a Ligros. Pasará usted todo este caminico, y entre dos cordilleras grandes, usted se mete por allí, y en seguida llega a Ligros. Y así fue. Llego a Ligros lloviendo. Llego allí a la plaza, y me sale una señora. Y le digo “¿no me podrá usted encaminar por aquí a una posada? Porque está lloviendo y llevo cerdicos”. Y me dice “aquí en Ligros no hay posada, pero tiene mi casa para meterse”. Los llevaba en una yegua. Los meto allí y me dice la mujer “¿cuántos lleva usted?” “Ocho cerdicos”. “Pues no se preocupe que por allí hay algunas faltas, y a lo mejor los puede vender”. De momento yo tenía que dar de comer a los cerdicos. Y le digo “si no puede ser, si dejara de llover, yo me voy a Teruel, a ver si por allí los pueda vender”. Y ella “no, no; usted se queda aquí, y aquí tiene su posada”. Me hace descargar los cerdos, los meto en una casa fuera de la vivienda aquella, y me dice “suba aquí, que vamos a descargar”. Esto era ya a boca noche, ya paraba de llover. Me prepara allí un tornacico, descargo los cerdos, para darles de comer. Resulta que los cerdos aquellos, al otro día, me los vendió todos aquella mujer. Y a ella le dejé dos, que no le cobré nada, que se lo merecía. Aquella misma noche ya me dice el hombre, Juan Francisco: “Miguel, a cenar se ha dicho; vamos a cenar”. Entonces estaba allí María aún soltera, no se había casado aún con Faustino. Yo cené con ellos, y parece que estaba allí avergonzado. Me dice “Miguel, ahora nos vamos al bar a echar un guiñote”. Él ya tenía allí gente para jugar, pero me cogió a mí de compañero. Por cierto, que les ganamos, y dice el tío Juan Francisco “Miguel, ¿sabes que le pegas tú al guiñote?” Terminamos aquello, nos bebimos un cafecico cada uno, nos lo pagaron, y desde allí, a casica, a dormir. Se hace de día, a desayunar, y después dice el tío Juan Francisco: “ahora nos vamos a la viña”. Digo “pero hombre, déjese, que bastante están haciendo ya conmigo, que esto no se les voy a pagar en la vida”. Me lleva a la viña, me llena una cestica de uvas, luego nos llevó ahí a un huerto, que tenía unas higueras, y me echó otra cesta de higos y manzanas. Ellos se dedicaban a hacer serones. Le dije “pues tío Juan Francisco, si quieren traer serones para vender, ya saben dónde tienen la casa”. Y sí, sí, Juan Francisco subía, un hijo, con una caballería, y me trajeron aquí serones toda la temporada, y yo se les vendía. Me los compraron todos. Entonces yo ya estaba casado con Antonia. Tuvimos unas amistades, como hermanos.



14 • El Escaramujo

Estos hombres ya murieron. Aún quedan María y Teresa, que son hermanas.

Entonces también iba al trueque; me subía fruta, manzanas, que duraban todo el año, las reinonas, vino de Utiel, se subía con los botos, y ya había vino para todo el año. Para esto yo he sido una persona que me ha gustado colaborar, y no me han faltado palabras. Yo estuve en activo treinta y un años. Me jubilé a los sesenta y cinco años.

- ¿De dónde viene el apodo "El Romo"? – pregunta Raquel.

Pues yo qué me sé. A mi padre siempre le decían "el Romo". Mi padre eran dos hermanos, Eduardo y Miguel, que se fue para las Américas, y ya no hemos sabido nada de él. Ya no volvió. Se fue a Utah, se pasó al pastoreo. De joven, tenía yo unos quince años, me mandaron un paquete con unas blusas y pantalones, que era todo seda. Además, nos mandó sesenta dólares. Yo le escribí una carta, pero no tuve contestación. Me dio las señas el hermano de la abuela Teresa, Andrés, que estaba casado con una de Torres de Albarracín.

- Deducimos que se pasó al pastoreo – dice Miguel hijo – porque luego Andrés se pasó también a lowa, al pastoreo. No se quedaron en la mina aquella famosa, que murieron tantos.

El abuelo Francisco le pidió a mi padre ir a arreglar una viga de un teñadico. Entonces no había andamios. Se

subió a una escalera, y cuando estaba ya terminando, se le suelta una piedra y le pegó en todos los dedicos del pie. La madre del tío Fidel, Francisca, hacía muchas curas. A mi padre, nada más pasarle eso, fuimos a casa de la tía Francisca, y le puso una salmuera aquí en el pie, que entonces se ponía de huevo batido con sal y vinagre, y algo de salvado. Lo que teníamos que haber hecho es no habérselo quitado. Entonces el médico de iguala, lo teníamos en El Cuervo. Le llamamos, y nos dice "esto hay que quitarlo rápidamente, porque todo es veneno". Entonces yo era un zagal de quince añicos, tendría yo. Nos mandó baños de agua caliente; cuanto más caliente, mejor. Con la calor del agua que mandó, le subía la gangrena por momentos. Nos fuimos fiando, y mi padre cada vez estaba peor. Y me se ocurre a mí decirle "señor médico, no lo sé si llevará usted razón o no la llevará, porque como médico, no me puedo meter en sus asuntos. Pero mi padre desde que le quitaron la salmuera que le hizo la mujer de Jabaloyas, cada día lleva el pie peor, que se le pone negro, que yo creo que se lo tienen que cortar". Me dice "entonces es que querrá usted saber más que yo. Pues ahora me tendrá usted que pagar, porque en mi iguala no entra la operación esta". Y le digo "mire usted, soy un pobre, y tengo perras para pagarle, pero yo a usted no le doy ni un céntimo; ya lo puede echar usted al supremo. Ya se puede ir usted, que yo sé que a mi padre le van a tener que cortar el



pie". Entonces lo bajamos con la caballería a Teruel, al hospital San José, no estaba el Padre Polanco como ahora, estaba sin hacer. Allí nos dijeron que si le hubiéramos dejado lo que le había hecho esa señora, hoy tendría su pie. Nos dijo el médico que no sabían si le podrían salvar la rodilla, pero una vez le quitaron toda la maldad, le pudieron salvar la rodillita. Aquello fue, cada vez que entraba a la alcobica, unos alaridos que no podía más. Él tenía una fortaleza... él se asustó cuando le dijeron que le tenían que cortar esto. Dijo "ya estoy perdido". Entonces intentamos de mirar a ver de haberle puesto un piececico, pero mi padre dijo "yo lo que quiero es una cosa segura que me afiance bien". Y entonces nos hicieron en Teruel la patica esa de palo con el correaje y su almohadilla. Y así quedó. Él con eso se gobernaba; se iba con las ovejas y las caballerías... no llegó a llevar garrote. Iba con la yegua negra... aquella yegua parece que tenía conocimiento. Cuando se ponía a montar, se agachaba. Me acuerdo que se iba él por ahí, madrugaba, se traía sus leñas; llevaba dos yeguas, una para montar y otra para cargar.

- A las noches venía cuando ya todo el mundo estaba en su casa – dice Martín – y a la mañana se iba el primero.

El pajar de la era Marco Antonio, entre los dos lo hicimos – dice Miguel – menos el tejado.

- Una vez que te jubilaste, ¿te has subido al pueblo, o te quedaste en Teruel?

A medio camino. Nosotros nos compramos un pisico cerca de donde yo trabajaba. Llegaban unos fines de semana; entonces venía un coche de Bronchales. Lo llamabas, y te subías al pueblo. El pueblo siempre lo teníamos como segunda vivienda. Hemos pasado aquí muchos tiempos. De recién jubilado, hemos estado aquí tanto como en Teruel. Aquí los tabiques de esta casa, de arriba a abajo, han pasado por mis manos. Las puertas las he puesto yo también casi todas. También he tratado las vigas, he rellenado todos los huecos con ladrillo. Esta casa está montada toda de madera. Todas las chimeneas estas las he reforzado. No he estado parado. Mi hijo Miguel, a raíz de quedarme viudo, me animó a apuntarme a cerámica. Tenía un profesor que había trabajado en Valencia, y en Punter. Estaba jubilado, y fue el promotor de todo esto. Nos juntamos ocho o diez personas. Amasabas ahí el barrico, con la manecica mojada, y cuando lo tenías arreglado, lo ponías ahí en una estantería, para ponerlos al horno. Antes de meterlo en el horno, se pintaba. En el horno estaba por lo menos veinticuatro horas, y si había mucha carga de piezas, unas horas más. Luego sale cocido. Estuvimos allí cosa de año y medio, hasta que llegó la pandemia. Luego me junté con un hombre de Villel, que se ha dedicado casi toda la vida a pintar. Nos hicimos



muy amigos. Me dijo "Miguel, te tienes que hacer alguna pinturica". Con una foto de los calendarios del pueblo, me marcó los puntos de la torre, de las casicas, de lo que había de rosales... y me dijo "pues ahora te tienes que dedicar tú a rayar todo lo que es la casica, y el tejadico". Aquello me costó bastante. En todo esto de la pandemia, yo he estado dedicado a eso. Nunca me verás parado. Cuando no hago una cosica, hago otra. Me levanto, y mi manera de ser, antes de que se levanten, me limpio las ventanicas y cuando ya termino, a desayunar, y luego me pongo con un librico de estos. La ilusión que tendría yo de esto pueblo es que la gente sea humilde, no haya envidias de ningún color, que la envidia es la peor enfermedad que se pueda coger. Que nos tengamos todos como hermanos. Que hagamos de Jabaloyas, si puede ser, cuanto más, mejor. Que no se pierda el pueblo. Que seamos todos útiles para defender Jabaloyas. Que sea un pueblo unido, que no se deje caer, y se luche para mantenerlo. Los mayores, se nos ha ido lo mejor de la vida. Como yo, se me ha ido la mujer y claro, ya estás un poquito desconsolado. Gracias a los hijos y los amigos que te amparan.

- Miguel, es muy conocido "el puente el Romo"; ¿de dónde viene?

Había que hacer un puente que atravesaba un peazo mío, y aquel puente lo llamaron "el puente el Romo", que se me llevó casi todo el banal. La Diputación me lo quiso pagar entero, pero no quise, porque me daba gozo aún de que quedara algo. Aquello es muy bueno para las patatas, porque a nada que llueve, se embalsa. Toda la loma de arriba y la carretera que baja para abajo, toda esa vertiente de agua, cae para abajo, pasa por ese puente. El puente el Romo existirá toda la vida. 🌿

Miguel hijo, Martín Domingo y Raquel Cadierno



Aragoneses ilustres

Javier Sierra Albert

El conocido periodista y escritor Javier Sierra tuvo la gentileza de hablar con *El Escaramujo* entre la concesión del Premio de las Letras Aragonesas y la organización de Oicultura en Zaragoza meses después.



“Le tengo cariño a esta foto. Es del día en el que dieron mi nombre a la Biblioteca de Teruel”.

- ¿Cuáles son sus primeros recuerdos de Teruel cuando usted era niño?

Los primeros recuerdos probablemente sean las tardes de juegos con Jorge, mi hermano pequeño, en nuestro salón de la casa que tuvimos en la calle de San Francisco. Y los paseos con mis padres en la Glorieta, mascando la lana de las bufandas con las que nos abrigaban hasta los ojos, tratando de exprimir el sol de los inviernos de aquella época. Son sensaciones fugaces que se han quedado en lo más profundo de la memoria, y que emergen siempre que subo la cuesta fea y gris de San Francisco y paso por delante de aquel portal.

- A los doce años ya tenía un programa de radio. ¿De qué temas trataba?

Era un programa muy variado, pensado para niños de mi edad. Había concursos de preguntas y respuestas que yo preparaba durante la semana, pero también había un tiempo para hablar de alguno de esos misterios que ya me encantaban entonces, como el Triángulo de las Bermudas o el Monstruo del lago Ness. Leía todo lo que podía sobre ellos para poderlos explicar al detalle a los oyentes. Aprendí mucho con aquello.

- ¿Qué es lo que más le ha influido para acercarse al misterio?

Siempre fui un niño curioso. Cuando salía del colegio y tenía que atender algunas extraescolares en el centro, como mis clases de inglés, variaba de camino para ver las antigüedades de la ciudad. Me preguntaba quién habría construido la Escalinata, o por qué la Torre de San Martín parecía inclinada. Deambulaba por los Arcos o en lo poco que quedaba de la muralla, imaginándome batallas y dragones. Empecé a dibujar esos lugares los sábados por la mañana con mi amigo Carlos, que tenía mucha mejor mano que yo, y también a trasladar esas preguntas a los mayores. Tomé entonces contacto con las leyendas de la ciudad, y el escalofrío que me provocaban me animó a buscar otras. A “cazar” otros misterios. Y así, sin darme cuenta, me quedé atrapado en todo ese patrimonio mágico que nos rodea.

- ¿Cuáles son los enigmas que más le atraen?

Los históricos, sin duda. Conciernen a hombres y mu-

jes reales, con nombres y apellidos, en lugares que existen, y a menudo han dejado atrás documentación que puede rastrearse. Al estudiarlos aprendes Historia, y no solo te dejas embriagar por su halo de incertidumbre.

- Es usted un autor prolífico. ¿Cuál de sus obras le produce mayor orgullo?

Es difícil decirlo. Todas han supuesto mucho esfuerzo y me han dado muchas alegrías, pero si tuviera que elegir una tal vez me quedaría con "La cena secreta", que me abrió al mundo de Leonardo da Vinci.

- En el programa de Otros Mundos, en el Canal 0 de Movistar, alternaba las recreaciones de casos con su infancia en Teruel. ¿Habrá pronto una tercera temporada?

No. "Otros Mundos" fue un proyecto que nació con mi infancia en Teruel y concluyó con el momento en que me convertí en escritor. Recoge los orígenes de mi fascinación por lo desconocido hasta que me convertí en lo que soy. Lo que ha venido después está demasiado cerca para recrearlo. No me veo capaz. Para narrar, necesito cierta distancia temporal y emocional respecto a lo narrado.

- ¿Cree que en Teruel y sus pueblos hay historias que no son conocidas por el gran público y que podrían difundirse para atraer turismo, como se está haciendo ya en otras localidades desde hace años?

¡Sin duda! Teruel tiene un patrimonio legendario y misterioso fascinante. Desde los dragones de Bronchales a las apariciones de Jorcas. Cada pueblo tiene su historia mágica y es misión de esos lugares preservarlas y convertirlas en bandera. Lo harán. Es cuestión de tiempo y de que aparezca el portavoz válido.

- ¿Había oído hablar de Jabaloyas como el "pueblo de las brujas"?

¡Mucho! Es una de esas historias que podrían rescatarse. El Bajo Aragón fue lugar de heterodoxos y malditos. Al estar tan aislado, sirvió de cobijo a herejes, curanderos, brujas y personas que huían de los poderes establecidos. Y también alumbró a personalidades como Miguel de Molinos, un místico que terminó ejecutado en Roma por la Inquisición y al que el Vaticano debería pedir perdón como hizo con Galileo, o Gil Sánchez Muñoz, de Teruel mismo, el único obispo del mundo que fue papa (heredó el trono del Papa Luna) pero murió como obispo.

- ¿Cree que se conocía como brujas a mujeres que dominaban el uso de hierbas para la curación, o realmente había mujeres que utilizaban sus conocimientos para hacer el mal intencionadamente?

Las brujas eran nuestras chamanas. "Mujeres medicina" que sabían extraer de la naturaleza todas sus propiedades sanadoras, en un mundo que no sabía de hospitales ni de ciencia médica. Su influencia fue enorme, pero se



"Esta foto es de los rodajes. Somos mi hijo Martín y yo en la Escalinata. Martín hacía del pequeño "Javier" en la serie."

las "satanizó" porque a ciertos poderes nunca les gustó ni su libertad ni su ascendencia sobre la población.

- ¿Usted nos cuenta todo lo que sabe sobre OVNIS y otros misterios, o hay cosas que no puede compartir con el gran público?

Cuento todo lo que sé o he aprendido. Y si hay algo que ignoro o no he logrado averiguar, lo digo también. Una buena comunicación debe fundamentarse sobre la honradez.

- ¿Qué es lo más misterioso que le ha ocurrido nunca?

Vi un ovni en Montserrat, Barcelona, en 1987. Lo conté en uno de los capítulos de "Otros Mundos" porque me marcó. En esa época, con 16 años, leía todo sobre "ellos", pero encontrarse de cerca con uno me desarmó intelectualmente. Quizá llegué creyendo en extraterrestres; ese día decidí que no creería en nada, solo investigaría. Me marcó.



La bruja Botija se pone firme

Dicen que hace mucho, mucho tiempo, vivía en la cueva Perotes una señora un poco peculiar, que los vecinos decían ser bruja. Cada vez que había alguna maldad en el pueblo, una tormenta así de estas que te apedrean la cosecha, el cielo encrespao, el cierzo o un dolor de muelas, todos pensaban que era cosa de ella, de la bruja Botija. La llamaban así porque la muchacha tenía un tipo así abultado, pues le gustaban las magdalenas y llevaba el mandil lleno de hierbas, apuntes de viejos conjuros y a Zarpas, el gato negro, que era amigo y compañero de trastadas. Dicen las malas lenguas que la moza había tenido un desliz con un pastor de un pueblo cercano – no daré más datos- y fruto de ese amor prohibido había nacido Victoriano, un muchacho travieso y espabilado como él sólo. A Victoriano le gustaba comer lechuga con sal, escuchar a Antonio Machín, hacer juguetes de madera y pasear por el campo. El gato negro dejaba entonces los bolsillos de la bruja Botija, se le subía al hombro al zagal, y juntos se iban a correr aventuras por el bosque.

Otros niños veían al muchacho y se reían de él, porque siempre iba cantando y vivía a su aire. Así que le tiraban piedras para hacerle enfadar y que reaccionara, se burla-

ban porque decían que ni su padre le quería –pues no se le veía-. El zagal se marchaba corriendo, pues era un niño pacifista al que su madre la Botija le había enseñado buenos valores. Pero a Victorín se le iban acabando esos valores a medida que los otros niños le insultaban o se metían con su madre, que vivía entre libros y pócimas como un murciélago en una cueva. Un día le tiraron la cartera del colegio por el barranco del Diablo abajo, y lo que más le dolió, le dieron una patada al gato. Víctor lo buscó por todas partes, pero Zarpas no aparecía. Entonces se desató una tormenta terrible que nubló todo el pueblo, y el muchacho volvió con su madre. Botija, cuando le vio en aquel estado, sin Zarpas ni la mochila, montó en cólera. Agarró la caldera para casos especiales, prendió la lumbre, y se puso a rebuscar en sus libros antiguos de magia negra... pero negra, negra, de la de "ay, si te cojo, te escamocho". Preparó allí un brebaje verde fluorescente que iluminó toda la cueva, dijo "voy de propio", y salió corriendo sin mirar atrás. El niño lloraba, abrazándose las rodillas. Se sentía tan pequeño, tan impotente ante las burlas de los demás... ¿era él el problema? Pero, ¿qué había hecho Zarpas? Le daba igual todo, pero no quería



que a su amigo gatuno le pasara nada. Transcurrieron las horas, y su madre la Botija volvió con una sonrisa de satisfacción. "Tranquilo hijo mío, ya está hecho", y salió de su bolsillo Zarpas con un maullido feliz, lanzándose al regazo del niño, que le abrazó entre lágrimas. "No llores más, fillo". Y abrazó a su hijo hasta que se durmieron, mientras Zarpas montaba guardia en la cueva.

Al día siguiente, Botija acompañó a Victoriano a la escuela, y fue el único niño, pues el resto no había llegado. Había un gran jaleo en la calle, de gente horrorizada. Salían los muchachos de las casas con el cuerpo negro y el pelo rizado como si hubieran estado toda la noche con rulos de esos de los pequeños. Víctor cuando los vio así, no pudo por menos de estallar en risas. "Garrampa, garrampa" murmuraba Botija, mirándolos fijamente, y los niños se escondían tras las faldas de sus indignadas madres, que tenían tan mala baba como sus repelentes hijos. Resulta que con sus conjuros -¿o fue casualidad?- un rayo había alcanzado a cada uno de aquellos monstruos cuellicortos -"¿dónde está Herodes?" murmuraba Botija, y los había frito a todos, que olían como cuando

se te está agarrando el arroz. En esto apareció un hombre recio, con traje de pana, fajín morado y pañuelo en la cabeza, y todas giraron las cabezas, enamoradas, pues no se había visto espécimen así en toda la sierra de Albarracín. Llegó, agarró a Botija por la cintura, le dio un beso de tornillo, y se subió a Victoriano y a Zarpas a los hombros. "Venga, familia, que he cobrado y nos vamos de compras a Teruel", dijo. Y miró al resto de una manera, que no supieron dónde esconderse. "¡A escaparrar!" les dijo. Y se marcharon, y aquel día se acabó meterse con el pequeño. Después se hicieron buenos amigos, y se dieron cuenta que no hay nada más bonito que el respeto, y que cuando eres tú el que sufres, ya deja de ser divertido.

Al menos, eso dicen que fue lo que pasó. Y hay quien cuenta todavía que si pasas por la cueva Perotes, verás un gato negro vigilando. Por si acaso, no te metas dentro, no sea que salgas echando chispas y con el pelo como una coliflor.

Raquel Cadierno Domingo

¡Ay, maño!





Comarca de la
Sierra de Albarracín